

Eliphas Levi

La Ciencia de Hermes

La Revelación de los Supremos Secretos

INTRODUCCIÓN*

Las transcendentales ciencias de la Cábala y de la magia garantizan al hombre un excepcional, exacto y eficiente poder práctico, y debemos condenarlas como inútiles y engañosas si ellas no aportan dichas garantías. Juzgar a los doctores de la ley por sus obras, dijo el Gran Señor, y la regla es infalible. ¡Si deseas que crea en lo que conoces, enséñame lo que haces!

Para poder sublevar al hombre hacia la emancipación moral, Dios se esconde de Él mismo, y en cierto sentido, el gobierno del mundo se entrega a Él. Él abandona Su existencia para ser divino a través de las grandezas y armonías de la Naturaleza, así pues, el hombre puede perfeccionarse progresivamente si continuamente amplía la idea que concibe de su Creador.

El hombre, únicamente conoce a Dios a través de los nombres que le da a este Ser de seres, y únicamente le distingue por las representaciones que él intenta trazar. Así pues, el hombre es en cierto modo el creador de Él, por el cual él ha sido creado. El hombre cree ser la imagen de Dios, y por el hecho de ampliar indefinidamente su propio reflejo, cree que está perfilando en un espacio infinito, la sombra de Alguien que resulta ser incorpóreo, sin sombra y sin límite.

CREAR A DIOS, REALIZAR NUESTRA PROPIA CREACIÓN, HACERNOS A NOSOTROS MISMOS INDEPENDIENTES, INFRANQUEABLES, E INMORTALES. Ciertamente, en este punto nos encontramos con un programa más imprudente que el sueño de Prometeo.

(*) Eliphaz Levi, en un comentario afirma que la iniciación alquímica está indicada en una carta dirigida al Barón Spedalieri: "Yo poseo el más curioso MSS. del Arte Hermético, y ahora conozco todos los misterios de la Ciencia *de Hermes* desde sus principios. He visto cómo se producía el secreto del fuego, he visto cómo los dos esfermas metálicas se formaban a sí mismos: el blanco, que es como el mercurio, y el rojo, que es un aceite viscoso, como el azufre líquido. Yo se que el oro puede producirse, pero creedme que yo nunca lo he hecho. El oro es el símbolo del trabajo y del intercambio entre los hombres; no ha sido manufacturado, ha sido obtenido; y cualquiera que hiciera uso de otro oro en el comercio, sería ante mis ojos un mero fabricante de monedas, el más cobarde porque, seguro de la impunidad, al ser su oro puro, su fraude sería descubierto sólo con su secreto, el conocimiento del cual significaría la ruina universal. Así pues, es justo que la existencia de este secreto sea denegada, para que nadie pueda buscarlo. El hombre debe ser elevado por una especie de moral pontificada para llegar a conocerlo y nunca abusar de él. El secreto corresponde a la producción química de lo binario en el Reino de los metales. De una sustancia se crean dos, y de estas dos sustancias otra, que de ninguna manera se parece a la primera".

Su base es atrevida y poco piadosa, su intención es tan ambigua que roza la locura. Sin embargo, se trata de un programa paradójico únicamente en su forma, ya que se presta a una interpretación falsa y sacrílega. Por una parte, es perfectamente razonable y su completa realización está garantizada por la ciencia de sus adeptos. El hombre, de hecho, crea a un Dios conforme su propia inteligencia y bondad; el Dios que él adora es siempre su propio retrato magnificado. Concebir lo Absoluto en la bondad y la justicia significa que uno mismo sea más justo y bondadoso. La calidad intelectual y moral son riqueza; y de hecho, son las más grandes de todas las riquezas. Estas deben ser adquiridas con trabajo duro y lucha. La desigualdad de aptitudes y los casos de niños que nacen con una organización más perfecta que otros, deberá tenerse en cuenta, pero debemos pensar en tales organismos como el resultado de una labor más avanzada de la Naturaleza, y que los niños, tan bien dotados, las han adquirido, si no por sus esfuerzos individuales, por la unión de los esfuerzos de los seres humanos que, con su existencia, están conectados. Se trata de un secreto de la Naturaleza, la que no hace nada por casualidad. La posesión de más facultades intelectuales, así como de dinero y tierras, constituye un imprescriptible derecho de transmisión y herencia.

Sí, el hombre ha sido llamado para terminar el trabajo de su Creador, y cada uno de los momentos que él emplea en mejorarse o en dañarse es decisivo para la eternidad. La adquisición de una invariable mente honrada, y una invariable voluntad justa, es lo que le hace vivir una vida eterna, ya que nada sobrevive a la injusticia y al error excepto la miseria de su desorden. Entender que lo correcto es desearlo y, en el campo de la justicia, desear es realizar. Por esta razón el Evangelio nos dice que los hombres serán juzgados de acuerdo con sus obras. Nuestras obras nos transforman en lo que somos hasta tal punto que nuestros cuerpos reciben, a través de nuestros hábitos una modificación y, a veces, un completo cambio de apariencia. Una forma adquirida o impuesta llega a ser una o providencia o una fatalidad para toda nuestra existencia. Esas estrafalarias figuras con las cuales los egipcios dotaron a sus símbolos humanos de divinidad, representan las formas fatales. Typhon, con su boca de cocodrilo, está condenado a devorar incesantemente para saciar su panza de hipopótamo. Así pues, está condenado, por su voracidad y fealdad, a la eterna destrucción.

El hombre puede destruir sus facultades por negligencia o abuso. Puede crear, por sí mismo, nuevas facultades a través del buen uso de estas, que ha recibido de la Naturaleza. Se dice frecuentemente que el afecto no tiene que ser impuesto, que la fe no es posible para todos, que el carácter no se puede transformar, pero todas estas afirmaciones son únicamente ciertas

para los perversos o los indolentes. Podemos hacernos a nosotros mismos confiados, piadosos, cariñosos y sacrificados, cuando realmente deseemos serlo. Podemos enriquecer la mente con la serenidad de la justicia y, el destino con la omnipotencia de la justicia. Podemos reinar en el cielo a través de la fe y, en la tierra a través del conocimiento. El hombre que pueda gobernarse a él mismo será el rey de toda la Naturaleza.

Ahora nos disponemos a mostrar a través de qué métodos los auténticos iniciados se transformaron en señores de la vida, gracias al hecho de dominar el sufrimiento y la muerte, cómo llevaron a cabo en ellos mismos y en otros, las transformaciones de Prometeo, cómo ejercieron la divinidad de Apolonio, cómo manufacturaron el oro de Ramón Lull y de Flamel, cómo al renovar su juventud poseían el secreto de Postel el Resucitado y del fabuloso Cagliostro. Revelaremos los secretos supremos o mágicos.

PRIMERA PARTE

EL MAGNUM OPUS

El magnum opus es eminentemente, la creación del hombre por él mismo, es decir, la completa conquista que puede realizar de sus facultades y su futuro; se trata sobre todo de la perfecta emancipación de su voluntad, la cual asegura su dominio universal sobre Azoth y Magnesia, es decir, un completo poder sobre el Gran Agente Mágico. Este Agente Mágico que fue disfrazado bajo el nombre de la primera materia del magnum opus por los antiguos filósofos Herméticos, determina que las especies de sustancia alterable y transmutación metálica, así como la medicina universal, pueden conseguirse realmente a través de su método. Esto no es una hipótesis; es un hecho probado y rigurosamente demostrable.

Nicolás Flamel y Ramón Lull, ambos pobres, repartieron inmensas riquezas. Agrippa nunca llegó más allá de la primera parte del magnum opus, y murió en el intento, luchando por conseguir la completa serenidad, conseguir ser dueño de sí mismo y por establecer su independencia.

Como todos los misterios mágicos, las operaciones Herméticas, y los secretos del magnum opus son triples; religiosas, filosóficas y naturales o materiales, todas independientes. El oro de los filósofos es, en religión, la razón absoluta y suprema; en filosofía, la verdad; en la naturaleza visible es el sol, que es el emblema del sol de la verdad, así como la sombra de la Primera Fuente de donde todos los esplendores brotan; en el mundo subte-

rráneo y mineral se encuentra el oro más puro y perfecto. Por esta razón, a la búsqueda del magnum opus se le denomina la búsqueda de lo absoluto, y a la gran obra se le llama la obra del Sol.

Así como la magia es la ciencia de la luz, el Hermeticismo es la ciencia del fuego, la cual está englobada en su totalidad en la doctrina de Hermes Trismegistus, esculpida primitivamente, se dice, en una mesa de esmeralda. Aquellos que se refieren a la operación del magnum opus son como siguen:

"Debéis separar la tierra del fuego, lo etéreo de lo denso, suavemente y con sumo cuidado".

"Asciende desde la tierra al cielo, y de nuevo vuelve desde el cielo a la tierra, y es invertido con la potencia de los elementos superiores e inferiores".

"A través de éste método, poseeréis la gloria del mundo entero, y toda la oscuridad se apartará de vosotros".

"Se trata del poder más fuerte de todos los poderes, dominará a todos los elementos etéreos y penetrará en todos los elementos sólidos".

"Así es como el mundo fue creado".

Para separar lo que es etéreo de lo que es denso, en la primera operación, la cual es enteramente interior, debemos emancipar el alma de todo vicio y prejuicio, y esto se logra con el uso de la sal filosófica, a saber, sabiduría; con el uso del mercurio, que es la destreza y el esfuerzo personal; finalmente, el uso del azufre, que representa la energía vital y el fervor de la voluntad. A través de este método se consigue la transformación de los elementos preciosos más pequeños, incluso el rechazo de la tierra, en oro espiritual. En este sentido es en el que tenemos que entender las parábolas de la *Turba Phüosophorum*, de Bernard Trevisan, Basislius Valentinus, Mary la Egipcia y otros profetas de la alquimia, pero en otras obras, como en el magnum opus, debemos separar con destreza lo etéreo de lo denso, lo místico de lo positivo y la alegoría de la teoría. Si deseamos leerles con deleite y sacando provecho, primero debemos interpretarles alegóricamente en su totalidad, luego debemos descender de las alegorías a las realidades, a través del camino de las correspondencias o analogías indicadas en el dogma número uno; que lo que está situado arriba es como lo que está debajo, y a la inversa.

Todos los maestros del conocimiento han reconocido que es imposible llegar a resultados materiales si las analogías de la medicina universal y la piedra de los filósofos no han sido encontradas en los dos grados superiores del mundo religioso y filosófico. Seguidamente, dicen que el trabajo es fácil, simple y barato; de otra manera se malgastan, sin provecho alguno, la fortuna y la vida de los solicitantes.

La primera materia del magnum opus es, en el mundo superior, entusiasmo y actividad; en el mundo intermedio, es inteligencia y perseverancia; en el mundo inferior, esfuerzo; en ciencia, es azufre, mercurio y sal, lo que condensado y volatilizado por turnos, componen el Azoth de los sabios.

El arte Hermético es pues, simultáneamente, una religión, una filosofía y una ciencia natural. Como religión, es lo que significó para el antiguo Magi y los iniciados de todos los tiempos; como filosofía, sus principios deben ser encontrados en la Escuela de Alejandro y en las teorías de Pitágoras; y, como ciencia, su método debe ser determinado a través de Paracelsus, Nicolás Flamel y Ramón Llull. La ciencia es real sólo para aquellos que admitan y entiendan tanto la filosofía como la religión, y sus procesos sólo tendrán éxito en los adeptos que hayan conseguido el poder soberano del destino y así hayan llegado a ser los monarcas del mundo elemental.

Las disciplinas de Hermes, antes de prometer a sus adeptos el elixir de la perpetua juventud y el polvo de la proyección, les recomienda buscar la piedra filosofal. ¿Qué es esta piedra, y por qué se le llama así? El gran Iniciador de los Cristianos invita a Sus creyentes a edificar sobre la roca o la piedra si no desean que sus construcciones sean destruidas. Él mismo se hace llamar la piedra angular, y nos describe Su disciplina más exacta: *Tu es PETRUS et super hanc PETRAM aedificabo ecclesiam meam*. Esta piedra, dicen los maestros de la alquimia, es la auténtica sal de los filósofos, la cual es considerada como el tercer ingrediente en la composición de Azoth.

El AZOTH, como ya sabemos, es el nombre del gran Hermético y el verdadero agente filosófico, así pues, su sal se representa bajo la forma de una piedra cúbica, como puede verse en las doce Llaves de Basilius Valentinus, o en las alegorías de Trevisan. Esta piedra es la base de la filosofía absoluta, es la razón suprema e inamovible y la doctrina de las armonías universales por la simpatía de los elementos contrarios. Antes de soñar con el hecho de poder transformar las sustancias en metales, debemos tener una cierta seguridad acerca de los principios absolutos de la sabiduría; debemos poseer esta razón, la cual es la base de la verdad. Nunca un hombre con prejuicios podrá ser ni el rey de la Naturaleza ni el maestro de

las transmutaciones. La piedra filosofal es pues, ante todas las cosas, necesaria. Encontrar lo absoluto en lo infinito, lo indefinido y lo finito; así es el magnum opus de los sabios, así es el secreto de Hermes y así es la piedra de los filósofos.

Esta piedra es única y múltiple; se descompone por el análisis y se recompone por la síntesis. En el análisis está el polvo, el polvo alquímico de la proyección; antes del análisis y de la síntesis, está la piedra. Esta piedra, dicen los maestros, no debe ser expuesta al aire ni a las miradas de lo profano; debe mantenerse oculta y preservada con cuidado en el lugar más secreto del laboratorio del propietario y la llave de este lugar siempre la debe llevar consigo la persona en cuestión.

El que posee el Gran Arcano es el auténtico rey, y es más que un rey, ya que a él no le perturbará ningún temor ni cualquier vana esperanza. En cualquier enfermedad del alma o del cuerpo, una pizca de piedra preciosa y otra de grano del polvo divino, son más que suficiente para curarla. "Al que tenga oídos para escuchar, dejadle escuchar", como dijo el Maestro.

Para encontrar la piedra filosofal, debemos pues, como nos dice Hermes, separar lo volátil de lo fijo con gran cuidado y minuciosa atención. Así pues, debemos separar nuestras convicciones de nuestras creencias y hacer una clara distinción entre los respectivos campos de la ciencia y la fe; debemos entender que no conocemos aquello en lo que creemos y que no creemos nada del saber que hemos alcanzado. De este modo, la esencia de los elementos de la fe es lo desconocido y lo indefinido, mientras que es completamente lo contrario cuando se trata de elementos de la ciencia. Seguidamente, llegaremos a la conclusión de que el conocimiento depende de la razón y la experiencia, mientras que las bases de la fe se encuentran en el sentimiento. En otras palabras, la piedra filosofal es la única certeza en la que la prudencia humana asegura su búsqueda de conciencia y sus modestas dudas, mientras que el entusiasmo religioso le da exclusividad a la fe. En este punto, no pertenece ni a la razón desprovista de aspiraciones, ni a las aspiraciones desprovistas de razón. La verdadera certeza es la recíproca aquiescencia de la razón, que conoce en el sentimiento lo que cree, y del sentimiento, que cree en la razón que conoce.

La alianza definitiva entre la fe y la razón no será el resultado de sus distinciones y separaciones absolutas, sino de su control mutuo y concurrencia fraterna. Es semejante el significado de los dos pilares del pórtico de Salomón, uno de los cuales es llamado Jokin, mientras que el otro *Bohas*, uno de color blanco y el otro de color negro. Son diferentes y

están separados, son distintos en apariencia pero si una fuerza ciega pudiera llegar a unirlos, el arco del Templo se desplomaría.

En el espacio que les separa existe una fuerza de apoyo, pero, al unirse, aparecen dos fuerzas que se destruyen mutuamente. De la misma forma, el poder espiritual disminuye tan pronto como intenta usurpar lo temporal, y el poder temporal se transforma en la víctima de esta invasión de lo espiritual. Gregorio VII perdió el papado y, los reyes, divididos y extraviados, perdieron la monarquía. El equilibrio humano ha necesitado de dos bases, el trabajo se siente atraído por dos fuerzas, la generación requiere dos sexos. Tal es el significado del Arcano de Salomón, representado por los dos pilares del Templo, *Jakin y Bohas*.

El Sol y la Luna de los alquimistas corresponden al mismo símbolo y coinciden respecto a la perfección de la piedra filosofal.

El Sol, en los signos jeroglíficos, corresponde a la verdad porque es la fuente visible de luz, y la piedra áspera es el símbolo de la estabilidad.

Por esta razón los antiguos adoraban al sol bajo la figura de una piedra negra, la cual era llamada Heliogabalus, y los alquimistas de la Edad Media también apuntaban a la piedra filosofal como la primera forma de fabricación del oro de los filósofos, es decir, el método para transformar todos los poderes vitales (representados por los seis metales) en el sol, o sino, en verdad y en luz, la primera e indispensable operación del magnum opus y la que nos guía, hacia las adaptaciones secundarias, la que ayuda a conocer a través de las analogías de la naturaleza el oro natural y no regenerado, a los creadores del oro espiritual y vivo, a los poseedores de la auténtica sal, el auténtico mercurio y el auténtico azufre de los filósofos*.

{*} "Los antiguos filósofos Herméticos solían decir que la sustancia universal, al exteriorizarla toma tres formas y tres modos: La forma activa y que produce movimiento es el Azufre, que no corresponde con el elemento químico también llamado así. La forma pasiva y móvil es el Mercurio, el cual no tiene ninguna conexión con el metal líquido y pesado que conocemos (el mercurio que conocemos). La forma equilibrada o mezclada es la Sal, compuesta por dos fuerzas, es sin embargo una sustancia imposible de descomponer. Debido a sus formas fueron llamados los cuatro elementos, análogos al oxígeno, al hidrógeno, al nitrógeno y al carbono. Su principio básico era que la sustancia llega a diversificarse por el movimiento y toma diferentes apariencias, de acuerdo con sus ángulos polares y atracciones, al igual que cada molécula de la sustancia que está siendo magnetizada y polarizada como los mundos. Ellos creían en el movimiento perpetuo, que es considerado como el supremo arcano de la física, y pensaban, con razón, que a través de la dirección artificial de las fuerzas naturales, era posible, dentro de un cierto círculo y de acuerdo a una cierta medida, adelantar o retrasar ese movimiento". -Carta al Barón Spedalieri.

El hecho de encontrar la piedra filosofal es pues, haber descubierto lo Absoluto, como también es denominado por los maestros. Lo Absoluto es lo que no tolera errores; es la separación de lo fijo de lo volátil, es el patrón de la imaginación, es la necesidad de ser, es la ley inmutable de la verdad y la razón; esto es lo que lo Absoluto significa. Dios no puede existir salvo en la virtud de una suprema e inevitable razón. Así pues, esta razón es lo Absoluto. Es en esto en lo que debemos creer si deseamos que nuestra fe posea una base razonable y sólida.

Aquel que intente alcanzar la comprensión de Gran Mundo* y la posesión del Gran Secreto, debe, después de haber estudiado los principios aquí mostrados, leer atentamente a los filósofos Herméticos, y alcanzará la iniciación así como otros también la han alcanzado, pero el dogma único de Hermes debe ser interpretado como la llave de sus alegorías y debe seguirse el orden indicado en el alfabeto cabalístico del Tarot para clasificar las materias y dirigir la operación. Todos los maestros de la alquimia que han escrito sobre el magnum opus han utilizado expresiones simbólicas y figurativas, y, en cierta manera lo hicieron así, tanto para apartar a los profanos de una obra que para ellos podría ser peligrosa, como para hacerse entender entre los adeptos, revelándoles el mundo completo de las analogías que está gobernado por el único y soberano dogma de Hermes. De este modo, para ellos, el oro y la plata representan al rey y la reina, o la luna y el sol; el azufre representa el águila voladora; el mercurio, la barbada cabra alada, sentada sobre el cubo y coronada con llamas; la materia o sal representa el dragón alado; los metales en ebullición son leones de varios colores; y finalmente, la obra completa posee al pelícano y al fénix como sus símbolos.

Las transformaciones de la química Hermética son los desarrollos artificiales de los gérmenes naturales. Ninguna produce oro pero podemos ayudar a la naturaleza a producirlo, y de hecho, toda la ciencia de Hermes

(*) Esto se corresponde, aparentemente con el *verbum inenarrabile* de la Escuela Alejandrina, llamada *Ararita*. por los Cabalistas. "Todo está incluido en una palabra de cuatro letras: se trata del Tetragrama de los Hebreos, el Azoth de los Alquimistas, el Thoth de los Bohemios y el Tarot Cabalístico. Esta palabra expresada de formas tan variadas significa Dios para el profano, hombre para los filósofos y al adepto le proporciona la última palabra de la ciencia humana y la llave del poder Divino, pero él sólo puede valerse de ella en solitario ya que entiende la necesidad de nunca revelarlo". (*Dogme de la Haute Magié*) A esto es a lo que indudablemente se refiere la palabra en el capítulo sobre la Adivinación, el nombre oculto del Gran Arcano, del cual el sagrado Tetragrama mismo es su equivalente e imagen. Aquellos que están desconcertados ante el infantil misterio, en el cual se supone que están encerrados, se sentirán satisfechos al saber que, de acuerdo con la *Historie de la Magie*, el mot *unique* escondido en cada santuario se corresponde al Agla.

se basa en la sagacidad con la que seleccionan y organizan los materiales propios de la naturaleza para que así ella pueda realizar su trabajo, en el cual nunca fracasa, siempre y cuando los instrumentos que ella utilice hallan sido encontrados depositados natural o artificialmente, tal y como ella los dispuso.

El secreto completo de la filosofía de Hermes está contenido en esta sencilla indicación. Es la dirección del fuego natural, no crear sino hacer madurar a los minerales. Hemos descubierto la pisci-cultura y el Hermeticismo es metalli-cultura, pero ¿quién recogerá carpas si siembra huevas de arenques? ¿Cómo puede entonces producirse oro a partir de la sal, el azufre y el mercurio? M. Louis Lucas, el erudito inventor del biómetro, ha demostrado que, de acuerdo con las nociones de los antiguos, la sustancia es individual y posee sus formas especiales debido a la diversidad de sus formas de polarización molecular y la variada angulosidad de su radiación magnética. Así pues, todos los seres son imanes individuales y el problema que debe ser resuelto por la magia de Hermes es este: Cómo acumular y fijar el calor latente en un cuerpo artificial de manera que se cambie la polarización de los cuerpos naturales por su unión con este cuerpo artificial.

La creación de oro en el magnum opus se realiza a través de la transmutación y la multiplicación. Ramón Lull, uno de los más grandes y sublimes maestros de la ciencia, dice que para hacer oro debemos tener oro, *ex nihilo nihil fit*; de hecho no podemos crear riqueza; podemos aumentarla y multiplicarla.

Así pues, hagamos entender a los aspirantes del saber que un adepto no puede esperar ni milagros ni juegos de manos. La ciencia Hermética, como todas las auténticas ciencias, es matemáticamente demostrable; incluso sus resultados materiales son tan rigurosos como los de una ecuación resuelta correctamente. El oro Hermético no sólo es una doctrina auténtica, una luz donde no hay oscuridad, una verdad desprovista de toda combinación de falsedad; es también oro real, material y puro, el más precioso que se pueda encontrar en las minas de la tierra. Pero el oro vivificador, el azufre

(*) Esto es, ¿cómo puede producirse oro de la sal, el azufre y el mercurio del material común y noble? De hecho, el oro de los filósofos puede ser, y es producido, a partir de la sal, el azufre y el mercurio de los filósofos. La así llamada transmutación metálica, no pudiendo ser lograda a través de la manipulación de metales y minerales comunes, no es en realidad la transmutación de los metales, sino la aplicación de los poderes adaptadores del divino espíritu inmortal a las sustancias muertas y externas del mundo material.

vivificador o el auténtico fuego de los filósofos, debe ser buscado en la casa de mercurio. Este fuego se alimenta de aire; para describir su atractivo y expansivo poder, no podemos sugerir una comparación mejor que la del rayo, el cual, en un principio, sólo es una exhalación seca y terrestre unida a un vapor húmedo, pero que, a fuerza de excitación, asumiendo una naturaleza apasionada, actúa sobre la humedad, uniéndose a ella, lo cual le atrae y transforma su propia naturaleza, tras lo que se precipita rápidamente hacia la tierra, desde donde es atraído por una naturaleza fija, similar a la suya. La sal y el azufre sólo sirven para preparar el mercurio.

Estas palabras, enigmáticas en su forma pero básicamente inteligibles, expresan brevemente lo que los filósofos entienden por su mercurio fusionado con azufre, el cual se transforma en el señor y regenerador de la sal. Se trata del AZOTH, el magnesio universal, el Gran Agente Mágico, la Luz Astral, engendrada por energía animal, poder intelectual, al que comparan con el azufre por sus afinidades con el fuego divino. En cuanto a la sal, es la materia absoluta. Todo elemento material contiene sal y toda sal puede transformarse en oro puro a través de la operación combinada de azufre y mercurio que, a veces actúa tan rápidamente, que la transmutación puede realizarse instantáneamente sin fatiga para el que lo practica y casi sin coste alguno. En otras ocasiones, y de acuerdo con la más contraria disposición de los factores ambientales, la operación requiere varios días, meses y a veces incluso años. Todo depende del *magnes* interior de Paracelsus. El trabajo consiste básicamente en proyectar, y la proyección se realiza perfectamente a través de la compresión efectiva de una sencilla palabra. De hecho se trata de una operación importante del trabajo; consiste en la sublimación, lo que no es otra cosa, de acuerdo con Geber, que la elevación de la sustancia seca mediante el fuego, con adherencia en su propia base.

Como ya hemos dicho, existen dos leyes naturales quirománticas, dos leyes esenciales que producen, por compensación, el equilibrio universal de los elementos; estos son estabilidad y movimiento, análogos en filosofía, para la verdad y la invención, y análogos en la concepción absoluta, para la necesidad y la libertad, las cuales son la esencia de Dios. Los filósofos Herméticos le dieron el nombre de fijo a todo aquello ponderable, a todo aquello que por su naturaleza tiende a permanecer en reposo y a la inmovilidad; invocan todo lo que más natural y fácilmente obedece a la ley del movimiento volátil y luego forman su piedra a través del análisis, es decir, por la volatilización de lo fijo, seguidamente, a través de la síntesis, es decir, por la fijación de lo volátil, que consiguen gracias a la aplicación de lo fijo, a lo que llaman su sal, compuesta de mercurio sulfúrico, o la luz

de la vida, enviada y devuelta omnipotente a través de una operación secreta. Se valen también de todo lo natural y su piedra puede encontrarse en cualquier lugar donde haya sal, lo que provoca el hecho de que se diga que ninguna sustancia es extraña al magnum opus y que incluso, los más aparentemente compatibles y viles materiales pueden transformarse en oro, lo cual es cierto, como ya hemos dicho, en el sentido de que estas sustancias también contienen una sal productiva, representada en nuestros emblemas por el cubo de piedra. Saber cómo extraer de toda materia la sal pura oculta en ella, significa poseer el secreto de la piedra, la cual en este punto, se denomina la piedra salina, descompuesta y reconstituida por el Od, o la universal Luz Astral; es única y múltiple, por lo que, al igual que la sal, puede ser disuelta e incorporada a otras sustancias. Obtenida a través del análisis, debería ser denominada como el mercurio y, recuperada a través del método sintético, se trata de la auténtica panacea de los antiguos, ya que cura cualquier enfermedad, tanto del alma como del cuerpo; ha sido llamada la medicina de todas las naturalezas. Cuando por la iniciación absoluta disponemos de las fuerzas del Agente Universal, siempre tenemos esta piedra a nuestra disposición, ya que su extracción consiste en una operación simple y sencilla pero bastante diferente de la proyección o de la transformación metálica. Esta piedra, en su estado subliminal, no debe, como ya hemos dicho, entrar en contacto con el aire, el cual puede, en parte, disolverla y destruir su virtud; además no sería conveniente inhalar sus emanaciones. El hombre sabio la preserva en sus envoltorios naturales que los Cabalistas llaman pieles. Para expresar jeroglíficamente esta regla que nos invita a la prudencia, dotan a su mercurio, el cual fue personificado en Egipto por Hermanubis, con una cabeza de perro, y a su azufre, representado por el Baphomet de los Templarios o el príncipe de Sabbath, con esa cabeza de cabra que ha sido la causante de que las asociaciones secretas de la Edad Media sean mucho más criticadas*.

El magnum opus de Kermes es una operación esencialmente mágica, y se considera como la más suprema de todas ya que supone lo absoluto, respecto al conocimiento y la voluntad. Hay luz en el oro, oro en la luz y luz en todos los elementos. La voluntad inteligente, la cual asimila la luz, dirige pues, las operaciones de la forma substancial, y sólo emplea la química como un instrumento secundario. La influencia de la voluntad y de la inteligencia humana sobre las operaciones de la naturaleza, en parte

(*} La siguiente mistificación fue considerada como una "nota importante" sobre este tema, en la segunda edición del *Dogme et Rituel de la Haute Magie*. La nota dice: "Para trabajar con los minerales, la primera materia ha de ser exclusivamente mineral, pero no un metal; se trata de la sal metálica. Esta materia se denomina vegetativa porque tiene la apariencia de una fruta y de un animal ya que produce una especie de leche y sangre. Contiene el fuego que se utiliza para disolver".

dependen de su Logos, es además, un hecho tan evidente, que todos los alquimistas serios han tenido éxito en proporción a su talento y su fe, reproduciendo su pensamiento en el fenómeno de la fusión, la salinización y la recomposición de los metales.

El Gran Agente de la operación del sol es la fuerza que está descrita en el símbolo de Hermes sobre la Mesa de Esmeralda; se trata de la fuerza mágica universal, el ígneo motor espiritual, el Od judío y la Luz Astral, de acuerdo con la expresión adoptada en esta obra. Es el fuego secreto, vivificador y filosófico del cual no hablan los filósofos Herméticos, manteniéndolo a salvo y preservándolo misteriosamente; es el esperma universal, el secreto del cual ellos se guardan, merecidamente representado bajo la figura de los caduceos de Hermes. Un secreto inmensamente físico fue también ocultado bajo las parábolas cabalísticas de los antiguos. Nosotros hemos tenido éxito al descifrarlo y lo presentamos literalmente para las investigaciones de los productores de oro:

- 1, Los cuatro fluidos imponderables sólo son diversas manifestaciones de un agente universal, que es la luz.
2. La luz es el fuego utilizado en el magnum opus bajo la forma de la electricidad.
3. La voluntad humana dirige la luz vital por medio de la organización de los nervios; en este punto esto es llamado magnetización.
4. El agente secreto del magnum opus, el Azoth de los sabios, el oro vivo y vivificado de los filósofos, el productivo agente metálico universal, es la ELECTRICIDAD MAGNÉTICA, la primera materia del magnum opus.

El gran Arcano Hermético, revelado por primera vez, abiertamente y sin figuras místicas, consiste en lo siguiente:

Lo que los adeptos llaman sustancias muertas, son cuerpos tal y como existen en la naturaleza; las sustancias vivas son aquellas que han sido asimiladas y magnetizadas por el adepto. Así pues, el magnum opus es más que una operación química; se trata de la auténtica creación del Logos

humano iniciado en el poder del Logos del mismo Dios. Este secreto está contenido en el Semita treinta y uno del *Sepher Jetzirah* y narrado por el alquimista Rabbi Abraham*. (ed. Amsterdam, 1642).

SEMITA XXXI

Vocatur intelligentia perpetua; et guare vocatur ita? Eo quod ducit motum solis et lunae juxta constitutionem eorum, utrumque in orbe sibi conveniente.

Rabbi Abraham F.. D.. dicit:

Semita trigesima prima vocatur intelligentia perpetua: et illa ducit solem et lunam et reliquias stellas et figuras, unum quodque in orbe suo, et imperit omnibus creatis juxta disositionem ad signa et figuras.

"El sendero número treinta y uno es denominado como la inteligencia perpetua, y guía al sol y a la luna, juntamente con otras estrellas y símbolos, cada uno en su respectiva órbita. Distribuye lo que se ha adaptado a todos los elementos creados de acuerdo con éstos".

Este texto, como podremos observar, continua siendo completamente ambiguo para aquellos que no conocen el valor de cada uno de los treinta y un senderos. Éstos corresponden a los diez números y a las veintidós letras jeroglíficas de la Cabala. El treinta y uno está conectado con aquello que representa la lámpara o luz mágica existente entre los cuernos de Baphomet. Se trata del signo cabalístico del *Od*, o de la Luz Astral, con sus dos polos y su centro equilibrado. Como ya hemos dicho, en el lenguaje alquímico, el sol representa al oro, la luna a la plata y las estrellas restantes o planetas corresponden al resto de los metales. El fuego secreto de los maestros alquimistas era la electricidad, y todo esto corresponde a la mitad de su Gran Arcano, pero ellos conocen cómo equilibrar la fuerza de este fuego a través de una influencia magnética, la cual concentran en su Athanor,

(*) La misteriosa obra de Rabbi Abraham tiene tanta relación con la Alquimia como que de *Los Tres Impostores* hace otra clase de literatura. Como se describió extensamente por Nicholas Flamel pero nunca fue vista, excepto por el adepto Francés, fue necesario manufacturarla, lo cual se hizo de mutuo acuerdo. La alquimia está llena de imposiciones y clasificaciones de este tipo pero ellos son, en su gran mayoría, bastante inofensivos porque se traicionan a sí mismos.

SEGUNDA PARTE

LA MEDICINA UNIVERSAL

La mayoría de nuestras dolencias se derivan de nuestras enfermedades morales, según el dogma mágico y universal, y de la ley de las analogías. Cualquier gran pasión por la cual nos abandonamos a nosotros mismos, se convierte siempre en una gran enfermedad que perjudica a nuestra preparación. Los pecados mortales son tan nombrados porque, de una manera positiva y física, causan la muerte. Tan pronto como la voluntad se confirma irremediabilmente en el sendero de lo absurdo, el hombre muere, y la piedra que acabará con él estará en su propia mano. Así pues, es cierto que la voluntad preserva y prolonga la vida. Todo el mundo sabe que una persona sensata, moderadamente aplicada y con una vida perfectamente regulada suele alargar su existencia.

El Gran Maestro dijo: "Mi cuerpo es carne y mi sangre es vino. Aquel que coma de mi carne y beba de mi sangre tendrá una vida eterna". Y cuando la multitud comenzó a murmurar, Él añadió: "Aquí la carne no tiene ningún provecho; las palabras con las que me dirijo a vosotros son espíritu y vida". Así pues, Él quiso decir: "Beber de mi espíritu y vivir a través de mi vida". Y cuando Él estaba apunto de morir vinculó la memoria de Su vida en el símbolo del pan, y su espíritu en el símbolo del vino, y así inició la comunión de la fe, la esperanza y la caridad. En el mismo sentido, los maestros Herméticos dicen: Transformad el oro en algo puro y poseeréis la medicina universal; apropiados de la verdad para vuestro beneficio, permitirle ser el manantial del cual bebéis cada día y entonces, poseeréis la inmortalidad de los sabios. La moderación, la tranquilidad del alma, un carácter sencillo, la calma y la racionalidad de la voluntad, no sólo nos hacen felices sino que nos aportan fuerza y salud. Por el hecho de llegar a ser un hombre de bien y un ser racional, el hombre se hace a sí mismo inmortal; nosotros somos los autores de nuestro destino, y Dios no nos salva sin nuestro propio consentimiento.

La muerte no existe para el hombre sabio, es un fantasma horrible construido a través de la ignorancia y la debilidad de la multitud. El cambio es lo que hace evidente la existencia del movimiento y el movimiento es vida. Un cadáver no podría descomponerse estando muerto; todas las moléculas que lo forman se mantienen vivas y están en movimiento. ¡Y creáis que la mente es lo primero que se disipa y que no vive más! Creéis que el pensamiento y el amor pueden cesar cuando, en realidad, la materia más grande nunca perece. Si al cambio debe llamársele muerte, entonces, día a día, morimos y volvemos a nacer ya que nuestros cuerpos siempre

están cambiando. Así pues, temed ensuciar y desgarrar vuestros atuendos, pero no temáis abandonarlos cuando llegue la hora del descanso. El hecho de embalsamar y preservar los cuerpos es una superstición que va en contra de la naturaleza. Es un intento de crear muerte, es la inmovilidad forzosa de una sustancia que la vida ha necesitado. Pero no debemos destruir o deshacernos de los cadáveres, la Naturaleza por ningún motivo lo hace, y no debemos arriesgarnos a romper violentamente los huesos de un alma que se está liberando. La muerte nunca es instantánea, se alcanza a través de diferentes grados. Mientras la sangre no está absolutamente fría, mientras los nervios puedan reaccionar, el hombre no está completamente muerto, y si ninguno de los órganos vitales están destruidos, el espíritu puede ser llamado, o de una forma accidental o por nuestra fuerza de voluntad. Un filósofo dijo que rechazaría el testimonio universal antes que creer en la resurrección de los muertos, y hablaba tan imprudentemente porque al pertenecer a la fe de la evidencia universal creía en la imposibilidad de la resurrección.

Permitidnos ser suficientemente audaces para afirmar que la resurrección es posible, y que incluso ocurre más a menudo de lo que imaginamos. ¿Cuántas personas cuyas muertes han sido confirmadas judicial y científicamente, han sido después descubiertas muertas en sus ataúdes, eso es cierto, pero han vuelto a la vida, después de ser enterradas, y han luchado con sus manos hasta abrirse las arterias durante una interminable agonía para escapar de una nueva muerte? Un médico nos dirá que dichas personas estaban en letargo. No obstante, ¿qué es el letargo? Los efectos del éter o el estupor producido por el cloroformo es un verdadero letargo que a veces produce la muerte, cuando el alma, regocijada por su liberación temporal, tiene la suficiente fuerza de voluntad para marcharse finalmente, lo cual es posible en aquellos que han conquistado el infierno, es decir, en aquellos cuya fuerza moral es mayor que su atracción astral. Así pues, la resurrección es posible sólo para las almas elementales, y sobre todo son éstas las que más expuestas están a despertar en la tumba sin desearlo. Los auténticos sabios nunca han sido enterrados vivos.

El cuerpo es el traje del alma, que va unida a la sensibilidad, y cuando la sensibilidad cesa nos encontramos ante un signo inequívoco de que el alma está partiendo. Cuando este traje está gastado o sería e irreparablemente rasgado, es abandonado y nunca se recupera. Pero cuando, por algún accidente, se abandona este atuendo sin que esté gastado o rasgado, el alma, en algunos casos, puede volver a recuperarlo, tanto por su propio esfuerzo como por la ayuda de otra voluntad más fuerte y más activa que la suya.

La muerte no es ni el final de la vida ni el principio de la inmortalidad, es la continuación y la transformación de la vida. Ahora bien, siempre debemos considerar una transformación como un progreso; pocas personas muertas han consentido volver a esta vida y recuperar el traje que acaban de rechazar. Esto hace que la resurrección sea uno de los más difíciles logros en la suprema iniciación, y su éxito nunca está garantizado, aunque podría ser considerado como algo accidental o inesperado. Para resucitar a una persona muerta, las más poderosas cadenas de atracción, que pueden atarla de nuevo a la forma que ha abandonado, deben traerla, devolverla inesperada y enérgicamente. Es necesario, pues, estar previamente alerta respecto a esta cadena, luego agarrarla y seguidamente producir una fuerza, a través de la voluntad, lo suficientemente potente para reuniría instantáneamente mediante esta fuerza invencible. El método a seguir está indicado en las Sagradas Escrituras. Los profetas Elias y San Pablo lo emplearon con éxito. La persona muerta debe ser magnetizada, colocando nuestros pies sobre los suyos, nuestra boca sobre su boca, luego, concentrando toda nuestra voluntad y llamando mentalmente, con todo el cuidado y afecto que nos sea posible, al alma que se ha escapado durante un largo tiempo. Si podemos convencer al alma del difunto, con gran amor y respeto, si con el pensamiento que le transmitimos magnéticamente, podemos persuadirle de que todavía la vida es necesaria para él y de que todavía existen aquí abajo días felices, reservados para él, volverá.

A veces basta con coger a la persona de la mano y alzarla rápidamente llamándola en voz alta. Este método, que normalmente tiene éxito cuando se trata de desvanecimientos, puede también ser eficaz al tratarse de una muerte, siempre y cuando, el magnetismo de quien lo ejercite esté dotado de un poderoso y compasivo discurso, y que posea lo que podría llamarse la elocuencia de la voz. Se debe también realizar este trabajo por medio un fuerte arranque de fe. De la misma manera, la fe y el conocimiento del doctor se transforman en las virtudes reales para los remedios, y la única medicina eficiente es la taumaturgia. Así pues, las terapias ocultistas son independientes de las medicinas más comunes. Ellos emplean, principalmente, palabras e insuflaciones, y comunican varias virtudes a través de la voluntad, para lo cual sólo son necesarias simples sustancias como agua, aceite, vino, alcanfor y sal. El agua de los homeópatas, es verdaderamente un agua magnetizada y encantada que actúa por medio de la fe. Las sustancias tónicas añadidas en cantidades casi infinitesimales son consagraciones y también signos de la voluntad del doctor.

Lo que vulgarmente es llamado charlatanismo, en realidad sería un notable recurso con éxito real en medicina, si estuviese lo suficientemente experimentado como para inspirar confianza y formar un círculo de

convicción. La medicina es, ante todo, la fe que salva. Hay pocos pueblos que no tengan sus componentes de medicina oculta, y estas personas, casi siempre y en cualquier lugar, han conseguido tan grandes e incomparables éxitos que otros médicos los aplaudieron en la facultad. Los remedios que prescriben suelen ser estrafalarios o ridículos y llegan a mejores resultados de acuerdo con esto, porque exigen y obtienen más fe tanto de los sujetos como de los ejecutores.

La insuflación es una de las prácticas más importantes de la medicina del ocultismo porque es un signo de la transmisión de vida. De hecho, insuflar significa darle aliento a alguien o a algo, y ya sabemos, por el dogma de Hermes, que es la virtud de los elementos la que ha creado las palabras y que existe una proporción exacta entre las ideas y las palabras, las cuales se convierten en las primeras formas y realizaciones verbales de las ideas. Dependiendo de que la respiración pueda ser cálida o fría, puede ser también atrayente o repulsiva. La respiración cálida corresponde a la electricidad positiva, y la fría a la electricidad negativa. Los animales con carácter nervioso y tenso, temen a la respiración fría, tal y como podemos ver cuando, al soplar a un gato éste se importuna. Al mirar fijamente a un león o un tigre y dirigirle nuestra respiración a la cara, les dejaremos tan estupefactos que les forzaremos a retroceder ante nosotros. Una insuflación cálida y prolongada restablece la circulación, sana los dolores reumáticos, restablece el equilibrio en los humores o tendencias del cuerpo y disipa el cansancio. Viniendo de una persona buena y simpática, resultará ser el remediador universal.

La insuflación fría apacigua aquellos dolores causados por congestión y retención de líquidos. Estas dos respiraciones deben ser, pues, alternadas, observando la polaridad del organismo humano y actuando de una forma opuesta a los polos, sujetos, uno después del otro, a un magnetismo contrario. Así pues, para curar un ojo inflamado, el ojo sano debe ser insuflado cálida y cuidadosamente, seguidamente deben ser practicadas las insuflaciones frías en el órgano irritado, desde una distancia prudente y en la misma proporción que las candas.

Las corrientes magnéticas pasan a actuar como la respiración, a través de la transpiración y radiación del aire interior, el cual pasa a ser fosforescente con luz vital; las corrientes lentas corresponden a la respiración cálida, la cual recoge y eleva a los espíritus, las rápidas corresponden a la respiración fría, la cual dispersa las energías y neutraliza todo aquello que tienda a congestionar. La insuflación cálida debería ser realizada tanto transversalmente como desde arriba hacia abajo.

Todo el poder de los médicos ocultistas se encuentra en la conciencia de su voluntad, y todo su arte consiste en crear fe en sus pacientes. Todo es posible para aquel que cree, como nos dijo el Señor. El médico debe dominar a su paciente a través de su presencia, su tono y sus gestos, debe inspirar confianza de forma paternal y entretenerle con charla amable y alegre. Rabeáis, quien era más mago de lo que parecía, eligió el *pantagruelismo* como su especial panacea. Hacía reír a sus pacientes y, como consecuencia, todos los remedios que aplicaba tenían un mejor resultado; establecía, entre él mismo y sus pacientes, una corriente magnética mediante la cual les transmitía su seguridad y buen temperamento, les halagaba en sus prefacios denominándoles sus más ilustres y apreciados pacientes y les dedicaba sus obras.

Así pues, estamos convencidos de que Gargantua y Pantagruel han curado más malhumores, más disposiciones a la locura y más hipocondrías, en la época de animosidades religiosas y guerras civiles, de las que toda la facultad de medicina pudiera reconocer y estudiar.

La medicina oculta es esencialmente compasiva. Se debe establecer un afecto recíproco, o al menos, de buena voluntad, entre el doctor y el paciente. Los siropes y jarabes poseen una virtud inherente, son lo que la opinión común del agente y el paciente hacen de ellos; por lo tanto, la homeopatía las suprime sin ningún inconveniente. El aceite y el vino, combinado con sal o alcanfor sería suficiente para la cicatrización de cualquier herida, y para crear pomadas o aplicaciones para calmar el dolor. El aceite y el vino son eminentemente, medicamentos de la tradición evangélica. Es el unguento de los Samaritanos, y en el Apocalipsis, el profeta, cuando describe las grandes plagas, ruega para que los poderes vengadores no permitan que falte ni el aceite y ni el vino, ya que significaría quedarnos sin la esperanza y la curación de muchas heridas.

Entre los cristianos primitivos, se trataba de la Extremaunción y, para el apóstol San Juan, quien ha transmitido la receta en su epístola a los fieles del mundo entero, consistía en la práctica pura y simple de la medicina universal del Maestro. "¿Hay un hombre enfermo entre vosotros? Permitidle llamar a los sacerdotes de la iglesia y dejadles rezar por él, untándole de aceite en el nombre del Señor". Este divino arte terapéutico se perdió progresivamente, y la Extremaunción ha llegado a ser considerada como una formalidad religiosa a la hora de morir. La virtud taumatúrgica de los Aceites Sagrados no puede ser totalmente consignada al olvido a través del dogma tradicional, y su recuerdo está retenido en aquel pasaje del Catecismo referido a la Extremaunción.

TERCERA PARTE

LA JUVENTUD RENOVADA

El principio universal de la vida es el movimiento substancial, la substancia eternamente en movimiento, invisible e impalpable, en un estado volátil, que se manifiesta de una forma material cuando queda fija a través del fenómeno de la polarización. Es ésta una substancia perfecta, incorruptible e inmortal pero sus manifestaciones, sus formas, cambian continuamente debido a la perpetuidad del movimiento. Así pues, todo muere porque todo vive, y si pudiéramos inmortalizar una forma, podríamos detener el movimiento y crear la única y auténtica muerte. Encarcelar para siempre a un alma en un cuerpo humano momificado; esta sería la horrible solución a la paradoja de la pretendida inmortalidad, en el mismo cuerpo y en la misma tierra. Todo se regenera a través del solvente universal, el poder del cual está consagrado a la quintaesencia, es decir, al centro equilibrador de los dos polos. Los cuatro elementos de los antiguos corresponden a las cuatro fuerzas polares del imán universal, de lo magnético, y es, en su justa proporción donde se debe buscar la medicina universal del cuerpo, así como del alma, que se nos ofrece a través de la religión, por Aquel que se sacrificó eternamente en la Cruz para salvar al mundo. (*Y a pesar de todo, el perdón del pecado, de alguna manera se unió a la ceremonia o al predicador de la fe, a la que acompañó, y fue la vida de la ceremonia.* -A.E. Waite). La Clave de la Gran Obra es esta medicina universal de las almas y los cuerpos; es el nimbo de Adán y el cetro de Salomón; es la materialización terrestre del *Sanctum Regnum*.

La gran magia nos explica que para preservar la juventud de un cuerpo debemos impedir que envejezca el alma, manteniendo cuidadosamente su primera frescura, tanto los sentimientos como los pensamientos, los cuales son calificados, por el mundo corrupto, de ilusiones, pero que nosotros denominamos como los primitivos reflejos de la verdad eterna. Creer que la felicidad existe en la tierra, creer en la amistad y el amor, creer en una Providencia maternal que tenga en cuenta todos nuestros pasos y recompense todas nuestras lágrimas, significa estar completamente engañado, dice el mundo corrupto, y fracasa al darse cuenta de que el engañado es aquel que piensa que debe ser fuerte cuando se priva de todos los placeres del alma. Creer en el bien y en el orden moral es poseer el bien y, es por este motivo por el cual el Salvador del mundo prometió el Reino de los Cielos a aquellos que llegaran a ser pequeños niños. La infancia es la edad de la fe; el niño, al no saber todavía nada de la vida, brilla con confiada inmortalidad. ¿Puede él dudar de su propia devoción, ternura, amistad y amor al encontrarse en los brazos de su madre? ¡Llegad a ser

niños de corazón y os mantendréis jóvenes en cuerpo! Las realidades de Dios y de la Naturaleza sobrepasan infinitamente todos los sueños del hombre, tanto en bondad como en belleza. De este modo, las personas llenas de prejuicios son aquellas que nunca han sabido cómo ser felices, y la prueba está, para su pesar, en que sólo han bebido de manantiales cubiertos de fango. Incluso para disfrutar de los sensuales placeres de la vida, debemos poseer sentido de la moralidad, y aquellos que calumnian la existencia, ciertamente han abusado. La magia suprema guía al hombre hacia el más puro código moral. *Vel sanctum invenit, vel sanctum facit*, dijo un adepto para mostrarnos que para ser feliz incluso en este mundo debemos ser sagrados. ¡Ser sagrados! algo fácil de decir pero, ¿cómo podemos obtener la fe cuando no creemos? ¿cómo recuperar el placer de la virtud cuando un corazón está depravado por el vicio?... Es una pregunta recurrente para las cuatro máximas de la ciencia; saber, desafiar, tener fuerza de voluntad, y mantenerse en silencio. Debemos imponer el silencio ante nuestros disgustos, debemos estudiar nuestros deberes y practicarlos como si los amásemos. Imaginad que, por ejemplo, sois unos escépticos y deseáis ser cristianos. Seguid los ejercicios de un Cristiano, rezad regularmente, utilizando la fórmula Cristiana, acercaos a los sacramentos asumiendo la fe, y la fe llegará. Un loco, si lo desea persistentemente, puede llegar a ser un hombre de entendimiento mediante ejercicios análogos.

Cambiando los hábitos del alma podemos cambiar, con seguridad, los del cuerpo. Los factores que más contribuyen a la hora de envejecer a través de nuestra deformación, son el rencor y los pensamientos amargos, juicios desfavorables sobre los demás, la furia de un orgullo herido y las pasiones no satisfactorias. Una filosofía benévola y pacífica, podría salvarnos de todos esos males.

Si cerramos los ojos ante las faltas de nuestro vecino, sólo teniendo en cuenta sus buenas facultades, encontraremos la bondad y la gentileza en cualquier lugar. El hombre más perverso posee sus buenos momentos, y con frecuencia se desarrollan cuando sabemos cómo tratarle. Si no tuviéramos nada en común con los vicios humanos, ni siquiera los percibiríamos.

La amistad y la propia abnegación que ésta inspira son encontrados incluso en cárceles y mazmorras. El abominable Lacenaire incluso devolvió dinero cuando le fue prestado y en muchas ocasiones, realizó actos de generosidad y benevolencia. Nadie es absolutamente malo o bueno. "Nadie es bueno excepto Dios", dijo el mejor de los Maestros.

Lo que confundimos con el entusiasmo de nuestra virtud es, a menudo, un secreto sobre nosotros mismos, la envidia disimulada y un arrogante sentido de contradicción. "Cuando vemos desórdenes manifiestos y pecados escandalosos", dicen los autores de la teología mística, "creo que esas personas están sometidas por Dios a juicios más grandes a los que nosotros estamos sometidos, y que ciertamente, o al menos muy probablemente, no llegamos a ser tan respetables como ellos y lo haríamos mucho peor si estuviéramos en su lugar".

¡Paz, paz! Esta es la suprema alma bondadosa, que nos ofrece lo que Cristo heredó del mundo. "¡Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra para los hombres de bien!" Los primeros Padres Cristianos consideraban la tristeza como el octavo pecado mortal. De hecho, el verdadero arrepentimiento de los Cristianos no es la tristeza sino el consuelo, la alegría y el triunfo. "Yo deseaba el mal y ya no lo deseo por más tiempo; estaba muerto y ahora estoy vivo". El padre del hijo pródigo ha matado al ternero condenado porque su hijo ha vuelto, y ¿qué puede hacer el pródigo? Llorar, sentirse un poco confundido, pero sobre todo, estar contento. La locura y la maldad son las únicas cosas tristes del mundo. Tan pronto como deliberemos sobre ellas, que nos permitan reír y exclamar gritos de alegría, porque estamos salvados y porque todos los muertos que nos aman disfrutan en el Cielo. Todos nosotros llevamos dentro un principio de muerte y de inmortalidad. La muerte es el animal, y el animal nunca produce la locura*. "Dios ama a los que no están locos, ya a que su Espíritu Divino se le llama Espíritu de la Inteligencia. La locura es disculpada por el sufrimiento y la esclavitud. La fusta está hecha para los animales.

(*) "La mort c'est la bete et la produit toujours la betise"